

CASTRO DE EL RASO

Candeleda, Ávila



Cuadernos de Patrimonio Abulense | Nº 5

GUÍA

CASTRO DE EL RASO

Candeleda, Ávila

Fernando Fernández Gómez



Diputación Provincial de Ávila
INSTITUCIÓN "GRAN DUQUE DE ALBA"

 Cuadernos de
Patrimonio Abulense

1 Verracos. Esculturas zoomorfas
en la provincia de Ávila

Jesús Álvarez-Sanchís

2 Castro de La Mesa de Miranda
Cbamartín, Ávila

J. Francisco Fabián García

3 Castro de Ulaca
Solosancho, Ávila

Gonzalo Ruiz Zapatero

4 Castro de Las Cogotas
Cardeñosa, Ávila

Rosa Ruiz Entrecanales

5 Castro de El Raso
Candeleda, Ávila

Fernando Fernández Gómez



Fondo Europeo de
Desarrollo Regional
Interreg III A España - Portugal



Direcção-Geral do
Desenvolvimento Regional



MINISTERIO
DE HACIENDA



Portugal-Espanha
Cooperação Transfronteiriça
INTERREG III A

INTERREG III A
Cooperación Transfronteriza
España-Portugal

 Cuadernos de
Patrimonio Abulense | Nº 5

CASTRO DE EL RASO

Candeleda, Ávila

Fernando Fernández Gómez

PA Cuadernos de
Patrimonio Abulense



Diputación Provincial de Ávila
INSTITUCIÓN "GRAN DUQUE DE ALBA"

Edita

**Institución “Gran Duque de Alba”
Diputación de Ávila**

Diseño y maquetación

ZINK soluciones creativas

Imprime

Miján Industrias Gráficas Abulenses

Depósito legal: AV-35-2005

I.S.B.N.: 84-96433-08-0: Obra completa

I.S.B.N.: 84-96433-13-7: Nº 5

Presentación

Hace unos años El Raso apenas era conocido. Enclavado dentro del término municipal de Candeleda, pero algo apartado de la carretera principal, su nombre sólo aparecía en algún mapa especialmente detallado, y como un lugar aislado al pie de la Sierra de Gredos. Hoy podemos decir con orgullo que El Raso aparece por necesidad en toda la bibliografía arqueológica que trate de la Edad del Hierro en general, y muy especialmente si trata de la Edad del Hierro en la Meseta de Castilla, de los vettones y la cultura de los castros. E incluso podremos encontrarlo en el Diccionario que el Instituto de Prehistoria de la Universidad de Viena prepara en la actualidad sobre Arqueología Céltica de toda Europa.

La razón se halla en el importante yacimiento arqueológico que alberga en sus tierras, tan generosas que ya en la antigüedad hizo que el hombre se fijara en ellas y se asentara para crear un poblado, un pequeño asentamiento primero, todavía escondido, después un gran poblado amurallado que hoy causa nuestra admiración y la de todos los que hasta allí se acercan, ya que podemos visitarlo y pasear por sus calles, y contemplar sus casas, las mismas en las que vivieron los hombres que, llegado el momento, se sintieron tan fuertes que quisieron hacer frente al poder de los romanos, cuando éstos emprendieron la conquista de la Península como uno de los primeros objetivos de su política imperialista. Y en esas casas vivieron quienes lucharon contra ellos en esta zona de la Meseta a lo largo de más de un siglo, amparados en sus murallas y con la protección que les ofrecía la montaña, que además les proporcionaba el agua y los pastos que necesitaban para sus ganados, pues aquellos vettones eran fundamentalmente pastores que sacaban al monte cada día sus cabras y sus ovejas, de las que en gran parte dependían, al igual que los pastores que todavía hoy podemos ver en El Raso, como si el tiempo no hubiera pasado.

Y ésta es la sensación que tenemos mientras contemplamos esas casas, con sus porches, sus hogares, sus bancos a la entrada y detrás de los hogares. En ellos descansarían tras las duras jornadas de trabajo, tras los duros enfrentamientos contra los romanos que pretendían quitarles su independencia, la que habían gozado hasta entonces, y la que fueron per-

diendo poco a poco, aunque a cambio recibieron una lengua que les hizo universales, y una entidad política que les integró, con el resto de los pueblos peninsulares, en una unidad que pronto acabaría constituyendo el Imperio Romano.

Vencidos, César ordena que destruyan sus murallas. Y destruidas han permanecido hasta hoy, en que nos estamos atreviendo a levantarlas para hacernos una idea más clara de cómo pudo ser el poblado en el que vivieron sus primeros moradores. También hemos reconstruido algunas de sus casas sobre los mismos muros que ellos levantaron, y a cubrirlas de la manera que pensamos pudieron haberlas cubierto ellos, que no se alejaría mucho del modo como todavía se cubren en la sierra las majadas de los cabreros. Como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero ya han pasado cerca de 2.500 años desde que se establecieron aquí por primera vez aquellos hombres y mujeres de origen céltico. Y algo más de 2.000 desde que abandonaran este poblado amurallado por orden de Julio César, según nos dice el Dr. Fernández Gómez, Director de las excavaciones arqueológicas, que lleva más de 30 años dedicado al estudio de este poblado y de los otros yacimientos con él relacionados, el poblado antiguo, las necrópolis y el santuario. Y gracias a él sabemos también de dónde procedían y quiénes eran estas gentes, cómo pudo llamarse este poblado, dónde y cómo se enterraban, y dónde se hallaba el santuario a su dios, Vaelico, que sitúan allí donde se juntan el Río Tiétar y la Garganta Alardos, en un lugar rico en aguas y por algún motivo considerado sagrado, pues hasta nosotros ha llegado la ermita que se levanta a San Juan en aquel mismo lugar cuando estas gentes se cristianizan.

Todo un mundo, en lo físico y en lo espiritual, que tenemos oportunidad de disfrutar visitando estas ruinas del poblado amurallado de El Raso de Candelada, al que dedicamos esta pequeña publicación, dentro de la serie de los castros abulenses preparada por la Institución "Gran Duque de Alba".

Agustín González González,
PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN DE ÁVILA



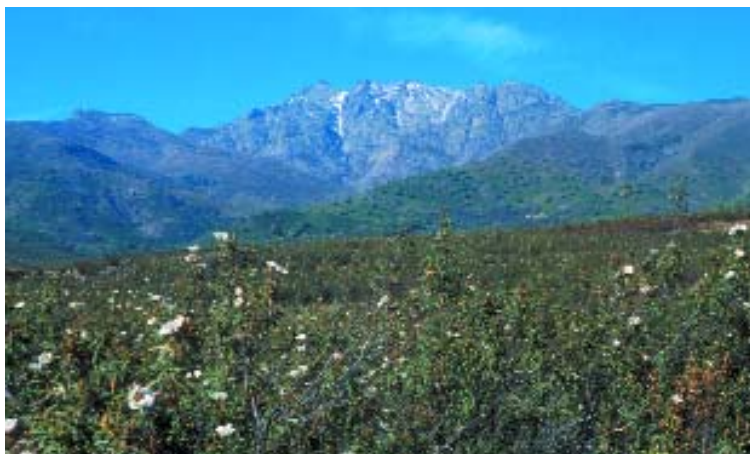
El Yacimiento de la Edad del Hierro de El Raso de Candeleda desde sus orígenes

■ Primeros testimonios:

Desde los orígenes hasta la Primera Edad del Hierro

Vamos a introducirnos en el conocimiento de la plena Edad del Hierro en la Meseta de Castilla, a través de uno de sus yacimientos más ricos, más completos y estudiado hasta ahora de manera más sistemática: el de El Raso de Candeleda. Está situado en la zona media de la Cordillera Central, en su vertiente meridional, junto a una de las gargantas que ruidosamente transportan el agua que baja de las cumbres de la Sierra de Gredos, con frecuencia cubiertas por las nieves, hasta el valle por el que discurre tranquilamente el Tiétar, remansado en la actualidad en esta zona por el Pantano del Rosarito, allí donde comienza la rica comarca de La Vera.

Se halla el yacimiento en una zona estratégica, disfrutando al mismo tiempo de las ventajas que le ofrecen la montaña y el llano.



El yacimiento se ubica al pie de la Sierra de Gredos.

Aquella le protege de los vientos fríos del Norte y de los posibles ataques de cualquier enemigo inesperado, y ofrece a sus habitantes refugio seguro en caso de peligro, ya que pueden encontrar allí con facilidad agua y pastos para sus ganados a lo largo de todo el año. El llano, por su parte, pone a su disposición tierras fértiles, aptas para todo tipo de cultivos, de secano y de regadío, los cuales crecen allí sin dificultad favorecidos por un clima de temperatura tan suave, que ha hecho que esta comarca sea conocida en su entorno como la Andalucía de Ávila.

Puede por ello comprenderse que un escritor contemporáneo, Camilo José Cela, haya dicho de estas tierras que son como el arca de Noé de los tres reinos de la Naturaleza, el animal, el vegetal y el mineral:

“Candeleda tiene de todo... En Candeleda se cría el tabaco y el maíz, y pimiento para hacer pimentón, y la judía carilla, sabrosa como pocas... En Candeleda, a la vista de las nieves perpetuas, florecen el limonero, el naranjo y el almendro. Candeleda muestra fresnedas y robledales, higuerales y piornales, castañares, pinares y olivares... En Candeleda hay cancho y praderío, huerta y majada, pan, vino y aceite. En los riachuelos de Candeleda brota, entre truchas, el cimbreante junco, y, entre ranas, la airosa espadaña. En el campo de Candeleda se enseña la glauca flor del piorno, la alba margarita de la manzanilla, la campánula rosa, morada y azul. En los balcones volados de Candeleda crecen el geranio y el clavel, la albahaca y el botón de la rosa francesilla, el fragante dondiego, que unos nombran dompedro y otros donjuán, el nardo y el jazmín... En Candeleda hay lobos y monteses, zorras y garduñas, liebres y conejos, perdices y codornices, águilas y cigüeñas y pájaros variados, pavos y patos y palomas, gallinas del país y gallinas de raza..., mariposas de mil colores, grillos con el lomo rubio, saltamontes verdes y saltamontes pardos, escarabajos de color de oro y coloradas mariquitas con lunares de azabache, aves silvestres y abejas de miel...”

Así es hoy y así hubo de ser en el pasado, con las lógicas diferencias en los tipos y modos de cultivo.

No sabemos con seguridad cuándo pone el hombre por primera vez su pie en esta zona del Valle del Tiétar. Posiblemente lo hizo en los lejanos tiempos del Paleolítico, pero de él no hemos encontrado hasta ahora ningún resto fidedigno, aunque se ha pretendido conocerlos. Ni tampoco del Neolítico, aquel período en el que comienzan a utilizarse los vasos de cerámica,

a cultivarse los campos y a domesticarse los animales. A él pudieran pertenecer algunas de las hachas de piedra finamente pulimentadas que hemos hallado a veces en el yacimiento, pero que tendrían cabida igualmente durante la Edad del Cobre. Pueden en cualquier caso fecharse a lo largo del tercer milenio a.C., y constituyen en la actualidad los objetos arqueológicos más antiguos recogidos en la zona. Al no haberse encontrado, sin embargo, restos de habitación de esa misma época, no podemos saber con seguridad dónde estuvieron asentados sus posibles pobladores. Sí parecen haberse identificado en alguna ocasión restos de sus monumentos funerarios, entre Las Planas y El Alcaldillo, a medio camino entre Candeleda y Madrigal de la Vera, aunque nosotros no los hemos podido localizar.

Pero no es raro que en esta lejana fecha de la Edad del Cobre nos encontremos con grupos de personas viviendo por estos parajes. Porque, pasado el tiempo, en lo que ya podemos considerar Edad del Bronce, desde un momento difícil de determinar, pero bien avanzado el segundo milenio a.C., hallamos, en las primeras estribaciones de la sierra, pocos metros por debajo de la cumbre de "Los Hermanitos de Tejea", extendiéndose hasta el llamado Collado del Fraile, un posible



Hachas de piedra pulimentada.



Los Hermanitos de Tejea.

poblado, pues parecen protegerse sus pobladores con una muralla continua de los únicos enemigos que en aquellas alturas podían temer, los animales de monte, osos, lobos, jabalíes, zorros, que entonces debían de ser muy frecuentes, si tenemos en cuenta que todavía en la Edad Media acudían a cazarlos los reyes por aquellos contornos.

Esa muralla es la que da nombre a la loma en que se asienta el poblado, “El Prao de la Carrera”, al cual hemos de dar un carácter estacional, pues a la altura en que se halla, cerca de los 1.300 m, inmediato a las cumbres más altas de Gredos, no es habitable en invierno de manera permanente sin refugios adecuados, que a simple vista no parecen haber existido. Se utilizaría sólo, por tanto, para aprovechar sistemáticamente los pastos de verano, a la manera que lo han seguido haciendo los cabreros de la zona hasta casi nuestros días, y aún continúan haciéndolo algunos, cada vez menos.

Allí, en el interior de ese posible recinto amurallado, hemos recogido nosotros numerosos fragmentos de cerámica, muy rodados, al tratarse de materiales de superficie, en una zona hasta la que llegan las nieves en invierno, pero que pueden ciertamente situarse dentro de la Edad del Bronce, lo mismo que las numerosas piedras de molino, todas barquiformes, que se observan en superficie. Sería preciso, no obstante, llevar a cabo algún sondeo arqueológico, para constatar la existencia de posibles viviendas y recoger materiales más elocuentes, que pudieran indicarnos cuánto tiempo estuvo en uso este poblado, aunque es seguro que no sobrepasó la Edad del Bronce.

Debía tratarse sobre todo de una población ganadera, de pastores. Algunos restos de probables hornos nos hacen pensar, sin embargo, en la posibilidad de que se dedicaran también a actividades metalúrgicas. La presencia en la zona del topónimo “La Mina” resulta, sin duda, significativa y sugerente.

A estas gentes del *Prao de la Carrera* podrían pertenecer, aunque no existe confirmación arqueológica alguna, las pinturas rupes- tres de “Peña Escrita”. Realizadas en la cara occidental de un con-

junto de rocas que les sirven de abrigo, se hallan algo por debajo del poblado, junto a la carretera, hoy inaccesible al tráfico rodado, que nos introduce en la sierra hasta las alturas de El Hornillo. Pintadas en color rojo, son de contenido esquemático, como suele ser frecuente en esta época; pero en ellas parece observarse la presencia de algún antropomorfo, alguna cabra o ciervo y un reticulado, quizá una trampa en forma de red. En su conjunto hay que darles un significado mágico, como a las pinturas rupestres del Paleolítico, y relacionarlas con las actividades cinegéticas de los hombres de aquel tiempo.



Pinturas rupestres esquemáticas de la Edad del Bronce.



Punta de lanza de la Edad del Bronce Final.

Continuaron, por tanto, durante la Edad del Bronce merodeando por aquellos parajes gentes que vivían principalmente del pastoreo y de la caza. Y que por allí siguieron viviendo hasta la época que llamamos Edad del Bronce Final, en el paso del segundo al primer milenio, período al que pertenece una punta de lanza de bronce hallada en el Collado del Freíllo, similar a algunos ejemplares del rico conjunto recogido al dragar la Ría de Huelva, y una pequeña punta de flecha, también de bronce, derivada de un tipo muy corriente durante el período campaniforme.

A estos ocupantes más o menos estables de la zona en los lejanos tiempos de nuestra Prehistoria es a los que debemos considerar como propiamente indígenas. Son gentes con una economía absolutamente autárquica, con escasas relaciones con el exterior, que viven exclusivamente de lo que ellos mismos producen y de lo que la Naturaleza espontáneamente les ofrece: bellotas, miel silvestre, caza mayor y menor, pesca abundante en los ríos y gargantas cercanos.



Torques de oro de El Raso.

Y así continuarán todavía durante algunos siglos, alejados en la Meseta de las influencias culturales que los pueblos del mediodía y levante peninsular comienzan a recibir de los colonizadores fenicios y griegos que, desde el paso al último milenio a.C., han empezado a llegar a nuestras costas, trayendo con ellos innovaciones tecnológicas muy variadas, pero todas de enorme interés.

Nos traen en primer lugar el conocimiento del modo de trabajar el hierro, un metal nuevo, más duro y fuerte que el bronce, con el que a partir de ahora podrán hacerse nuevas armas y herramientas más eficaces; nos traen también el conocimiento de la escritura, y el del torno del alfarero, y un nuevo rito funerario, que comenzará a ser de incineración, y unas nuevas creencias y prácticas religiosas, basadas en el culto a dioses personales cuyos nombres, Astarté, Melkart, conocemos por primera vez, y nuevas plantas, el olivo, la vid, la higuera, de tanta trascendencia económica hasta nuestros días, igual que los nuevos animales, entre ellos el burro y la gallina. Revolucionarán asimismo la orfebrería, enseñándonos un nuevo sistema de trabajar el oro, metal conocido y utilizado desde la Edad del Cobre, dos mil años atrás, pero con el cual sólo éramos capaces de conseguir joyas laminares, a base de batido, o macizas, fundidas en un molde previamente preparado, del tipo de los torques encontrados casualmente en El Raso, al labrar el campo, en Los Alejandrinos, cerca del castro. Habían sido enterrados, escondidos, en una etapa muy posterior, al llegar el período de las guerras, con un tercer ejemplar, perdido. Antes de enterrarlos se les había dado forma de espiral, quizá simplemente para que ocuparan menos espacio. Los dos ejemplares que conocemos se guardan en una colección particular.

Los fenicios nos enseñarán también el modo de unir unas a otras, por medio de la soldadura, distintas láminas o pequeños elementos de adorno para conseguir joyas ligeras, con poco empleo de metal, huecas, pero con aspecto de joyas macizas, y adornadas no ya solo por medio de incisiones grabadas en su superficie, sino con la ayuda de elementos decorativos complementarios, rosetas, gránulos, cápsulas, soles, crecientes, incluso representaciones humanas y zoomorfas añadidas, soldadas, a la superficie de la lámina base.



Colgantes de bronce amorcillados de la Primera Edad del Hierro.

Son todas innovaciones que irán transformando poco a poco la vida de los pueblos costeros que en primer lugar las recibían, y las de aquellos otros que con ellos mantenían relaciones comerciales, las cuales conocen ahora un gran auge e intensificación, pero no suficiente como para llegar a los pueblos de la Meseta y menos aún a los que, como el nuestro, se hallan alejados de las principales vías naturales de comunicación, encerrados en la montaña, anclados todavía dentro de la Prehistoria.

De estos momentos iniciales del Período de las Colonizaciones, que ya podemos considerar de una Primera Edad del Hierro, a partir del s. VIII a.C. aproximadamente, seguimos teniendo evidencias de la presencia humana en la zona de El Raso, por medio de unos pequeños colgantes de bronce amorcillados, con los que, a lo largo de varios siglos a partir de ahora, se adornaron las ajorcas que llevaban seguramente en brazos y tobillos los hombres y mujeres de aquel tiempo. Primero serán macizas y de mayor tamaño. Luego se irán ahuecando y reduciendo. Macizas y huecas, formando parte de alguna arracada, hallaremos en El Raso algunos ejemplares de oro que ya debemos incluir en la siguiente etapa cultural del yacimiento.

■ La Segunda Edad del Hierro: el poblado y la necrópolis célticos

Hacia finales del s. VI a.C. comienzan a llegar a esta zona de la Meseta otros pueblos colonizadores, distintos a los del Sur, pero que, como aquéllos, van a modificar el modo de vida de los indígenas.

No son comerciantes ni vienen desde las lejanas costas del Mediterráneo Oriental a buscar fundamentalmente metales, plata, cobre, que no se conocían en nuestro suelo. Son pastores y agricultores y no vienen a buscar productos que llevarse y con los que comerciar, sino una tierra que les acoja y en la que quedarse. Vienen de Centroeuropa, posiblemente de la zona del Bajo Rhin, de donde salieron hacía algunos siglos, quizá a la vez que los navegantes orientales, pero haciendo un camino más lento, por tierra. Y no vienen solos, como aquéllos, para irse cuando terminen su negocio, sino acompañados de sus mujeres, sus hijos, sus ganados, de todo lo que necesitan y pueden traer con ellos. Se mueven lentamente. En el camino se van asentando algunos en determinados lugares que consideran apropiados, en las tierras actuales de Suiza y de Francia. Otros siguen, hacia el Sur, hacia la Península Itálica. O todavía más hacia Occidente. Y llegan a Iberia. Y en ella se van estableciendo, dispersando. Unos grupos avanzan hasta donde el mar los detiene. Otros se quedan antes. Algunos en lo que hoy son las tierras de El Raso de Candaleda, al pie de la Sierra de Gredos. Y en ellas se quedan para siempre, atraídos sin duda por la generosidad de su tierra, la suavidad de su clima y la riqueza inagotable de sus aguas.

No se trata, por tanto, en modo alguno de invasiones violentas de guerreros que vengan a disputar a los indígenas sus posesiones, sino de lentas penetraciones de gentes que se mueven con sus familias en busca de mejores medios de vida que los que hasta entonces habían tenido, y se asientan por lo general en lugares todavía deshabitados.

Son pueblos de origen céltico y traen con ellos un modo de vivir distinto. Hablan distinta lengua, creen en distintos dioses, usan

armas diferentes, también de hierro, que ya conocen, y se entierran de modo diverso a como desde hacía siglos lo hacían seguramente los indígenas, pero similar a como nos han enseñado a hacerlo los fenicios. No conocen, sin embargo, la escritura, ni la nueva orfebrería basada en la soldadura, ni el torno del alfarero, ni los nuevos cultivos. Su desarrollo cultural es menor, y tardarán todavía algunos siglos en conocer las nuevas técnicas y los nuevos descubrimientos que en el Sur iban siendo ya patrimonio de una gran mayoría, pues allí, al latido de la vida que iban trayendo los colonizadores marineros, surgen por doquier nuevas ciudades, sobre todo en las costas y en las márgenes de los grandes ríos, muchas de las cuales siguen habitadas aún en nuestros días.

Tras varios años de trabajos en el yacimiento, hemos podido nosotros llegar a localizar el lugar en que aquellas gentes de origen céltico se asentaron por primera vez al ocupar las tierras de El Raso de Candeleda. Pero sólo lo conocemos de manera muy incipiente, pues aún no se han llevado a cabo en ellas excavaciones arqueológicas sistemáticas. Tan sólo un par de sondeos, por medio de los cuales hemos podido comprobar la presencia de estructuras de habitación fechables a lo largo del siglo IV a.C., y quizá desde finales del V, si aceptamos las últimas cronologías de algunas de las cerámicas que allí aparecen, en lo que ya podemos considerar con toda claridad como Segunda Edad del Hierro, pues los objetos realizados con este metal hacen su aparición por todas partes.

Las estructuras que conocemos se hallan a 1 m escaso por debajo de la superficie del terreno, actualmente cubierta de olivos. Son restos de cabañas pobres, semiexcavadas en el suelo, levantadas en su parte inferior a base de cantos cogidos con barro. La superior pudo ser de entramados de palos, como los chozos de los cabreros de nuestros días.



Restos del poblado bajo, incendiados.



Aspecto del interior de una tumba. En el centro, la urna cineraria y a su alrededor los vasos de ofrendas.

Se halla este poblado en la zona denominada El Castañar, muy cerca del actual núcleo de población de El Raso, y la abundancia de piedras de molino barquiformes allí encontradas nos dice que son gentes que han hecho ya de la agricultura un complemento básico de su economía, tradicionalmente ganadera. Es ahora cuando este pueblo, por influencias llegadas seguramente del Sur o de Levante, comenzará a emplear el torno del alfarero, aunque todavía predominen las producciones a mano, mientras el hierro ya ha desplazado al bronce en todo tipo de útiles, armas y herramientas, dejando reducido su uso a los objetos rituales y de adorno, que encontraremos con frecuencia en los ajuares de la necrópolis contemporánea.

En ésta predomina ya por completo el ritual de la incineración. El difunto, vestido y adornado con sus objetos personales, es trasladado al *ustrinium*, el lugar donde ha de llevarse a cabo el acto de la cremación, ninguno de los cuales ha podido ser identificado en la necrópolis de El Raso. Allí es pasado por la pira funeraria, en un ritual que debió durar bastantes horas, empleadas seguramente en la celebración de un banquete funerario acompañado de danzas, cantos y juegos.



Espadas de frontón y de antenas atrofiadas de la necrópolis.



Puntas de lanza de hierro de necrópolis.

Terminado el ritual, los huesos de la persona fallecida, reducidos a pequeños fragmentos calcinados y deformados, se recogen cuidadosamente, se lavan y se guardan en un vaso de cerámica, la urna cineraria, la cual sería llevada en procesión ritual hasta la necrópolis, donde quedará depositada en un hoyo previamente excavado en el suelo. En primer lugar la urna con su contenido de huesos y los objetos de adorno personal, fíbulas, brazaletes, anillos, pendientes, broches de cinturón, cuentas de collar... También los útiles de pequeño tamaño, pinzas, cuchillos, fusayolas, si se trata de una mujer, pequeños juguetes, si de un niño. Después, a su alrededor, los vasos de ofrendas, en número indeterminado, con su probable contenido de alimentos y bebidas, y quizá de aceites y ungüentos. Y, si es un guerrero, sus armas, ofensivas y defensivas. La espada, el puñal, la falcata, el soliferreum, el umbo con que se adornaba el escudo que sirvió para defenderlo y la empuñadura con que lo sostenía, el bocado del caballo que montaba, la lanza que blandía y el regatón con que la dejaba clavada al suelo en los momentos de descanso. Otras, el casco, la coraza, las grebas, el panel del escudo, al ser de materia orgánica, cuero, madera, nervios, lino, desaparecieron sin duda en el ritual de la cremación y nada de ellos ha llegado hasta nosotros.



En las tumbas de los guerreros se depositan también sus armas. Aquí se muestran la espada y el soliferreum doblado.

Las armas conservadas aparecen en ocasiones dobladas en la tumba, ya en un acto ritual de destruirlas para evitar que volvieran a ser utilizadas por otra persona, ya para poderlas integrar simplemente en el hoyo preparado, el cual, una vez depositado el conjunto del ajuar, se cubría por medio de grandes lajas de piedra,

para mejor protegerlo. Sobre las lajas, la tierra. Y sobre éstas, quizá, una estela para indicar la situación de la tumba, aunque en El Raso no hemos llegado a detectarlas nunca, quizá por haber sido destruidas, derribadas, con el paso del tiempo.



Las tumbas suelen hallarse cubiertas con lajas de granito o con acumulaciones de cantos rodados.

En un caso tan solo hemos encontrado nosotros en El Raso restos de huesos de animales. Parecen haber sido también incinerados, por lo que más que

en restos de alimentos debemos pensar en ofrendas y ponerlos en relación con el asador recogido en el ajuar de una tumba, que viene a confirmar la celebración de banquetes funerarios en los que también a la persona fallecida se le ofreciera su asador para participar activamente en él.

La urna cineraria suele aparecer tapada por lo general, ya con su propia tapadera, ya con una piedra plana o con un vaso de tamaño apropiado, que solemos encontrar ahora, fragmentado, en su interior. Con frecuencia aparecen éstos, decorados por su exterior con motivos solares, incisos y acanalados, poniendo de manifiesto, se ha dicho, la exaltada heliolatría, veneración por el sol, que sentía este pueblo. Algunos de estos vasos pensamos a veces, por su pequeño tamaño, que podrían haber sido portadores de luz, como símbolo en la tumba de la perduración de la vida.

Sí hemos constatado nosotros en El Raso, sobre todo en la zona de la necrópolis conocida por “Las Guijas”, la presencia de túmulos de piedra, la constatación de que, a veces, sobre determinados conjuntos de tumbas, se levantaban túmulos,



Decoración solar de un vaso de ofrendas de la necrópolis.



Tumbas, una cerrada, otra exhumada, de la necrópolis de “Las Guijas”.



Túmulo funerario de la necrópolis de “Las Guijas”.

a base de piedras amontonadas, cuya presencia puede aún detectarse a simple vista en ocasiones, aunque estén muy erosionados por el paso constante sobre ellos del ganado al pastar. Pero en las excavaciones últimamente realizadas en aquella zona, quedaron muy bien definidos.

Perfectamente constatada ha quedado también en El Raso, como en la mayor parte de las necrópolis de esta época, la existencia de distintos núcleos de tumbas, separados entre sí, aunque formando parte de un mismo conjunto, en cada uno de los cuales se mezclan tumbas de todos los tipos, masculinas y femeninas, de adultos y de niños, más ricas o más pobres. Todo lo cual nos ha movido a ponerlos en relación con la existencia de distintos clanes o familias dentro de la comunidad, cada uno de los cuales enterraría a sus muertos agrupados y separados de los demás, aun en una misma necrópolis.

El complejo ritual funerario nos hace pensar, como sugeríamos a través de la probable presencia de luz en las tumbas, que aquellos pueblos tuvieron cierta conciencia de la continuidad de la vida tras la muerte, por lo que se hacían acompañar en la tumba de las cosas personales más íntimas o necesarias, y en algunas ocasiones es posible que hasta de sus seres queridos, pues hemos encontrado tumbas dobles y triples a las que, de otra forma, no es fácil darles explicación, sin que los análisis antropológicos permitan, dada la fragmentación y deformación que presentan los huesos, asegurar la existencia real de sacrificios humanos.



Figurita etrusca de El Raso.

Entre esas cosas personales que encontramos en los ajuares funerarios hallamos a veces elementos que ponen de manifiesto que estos pueblos del interior de la Meseta mantuvieron ya desde muy pronto, después de su asentamiento definitivo, contactos con los más avanzados del mediodía peninsular, y, por medio de éstos, con los del Mediterráneo Oriental.

De Etruria procede seguramente una interesante figura de bronce, con una dama recostada sobre su lado izquierdo, como sentada ante la mesa, en un triclinio, en aparente actitud de llevarse un alimento a la boca. De Grecia un par de copas de barniz negro, una de ellas con su fondo intencionalmente recortado, a modo de óculo ritual, que también hemos encontrado en una urna cineraria. De Egipto, probablemente de Alejandría, un curioso vaso de vidrio polícromo, realizado mediante la técnica denominada de núcleo de arena, y seguramente las cuentas de collar gallonadas y oculadas con vidrios de distintos colores. Y del Sur, de la zona de Tartessos, algunos asadores y aguaniles de bronce que con su presencia nos indican que de allí venían no solamente objetos, sino también creencias y rituales religiosos, pues nos hablan de la existencia de banquetes funerarios en los que se incluía con preferencia el consumo de carnes.

Del Sur también, de algún taller de orfebres orientales, vino sin duda la rica diadema decorada con motivos geométricos a base de minúsculos gránulos soldados, y los colgantes de oro



Copa griega de barniz negro.



Urnas cineraria con óculo.



Ungüentario orientalizante.



Elemento de diadema de oro con decoración de granulado.



Pendiente de oro.



Astarté bifronte de El Raso.

amorcillados, adornos de nariz o de oreja frecuentes en los enterramientos tartésicos, así como las arracadas y las cuentas de collar de oro recogidas en algunas tumbas. Y la imagen de la diosa Astarté bifronte, lamentablemente perdida, pero de la que hemos podido conocer algunas reproducciones y comprobar que se trataba del pie de un quemaperfumes de bronce, similar a otros procedentes de yacimientos orientalizantes.

Se trata en todos los casos de documentos preciosos para conocer la progresiva integración de estos pueblos de la Meseta en el mundo desarrollado de la época y para poder fijar con exactitud las etapas de su desarrollo. Y saber por ejemplo, a través de las copas griegas, perfectamente datadas, que el conocimiento de la nueva orfebrería podría haber llegado a finales del s. V a.C., y el del torno del alfarero en el IV a.C. Y que la escritura no llegarán a conocerla nunca antes de que lleguen los romanos.

No dominan, pues, estas gentes de la Meseta las últimas innovaciones, pero tampoco se hallan alejados de ellas, ya que conocen lo que se hace en otros pueblos, hasta los que es posible lleguen incluso algunos de ellos, ya como mercenarios, ya como trabajadores, pastores o agricultores. Y hasta ellos es posible que lleguen también los primeros comerciantes que vienen desde el Sur, siguiendo seguramente el milenarísimo Camino de la Plata.

■ La Tercera Edad del Hierro: el poblado amurallado

A mediados del s. III a.C., las gentes que viven en el poblado de El Castañar, aquellas gentes de origen céltico allí asentadas desde hacía un par de siglos, comienzan a ser intranquilizadas por la llegada de los cartagineses, que han venido a la Península a preparar la guerra contra los romanos, después de haber sido vencidos por éstos por la posesión de Sicilia. Y la recorren en busca de dinero y de soldados, a los que ofrecen un futuro prometedor. Aníbal llega así hasta Salamanca. En su camino se enfrenta a los indígenas que le ofrecen resistencia, y destruye sus poblados. Entre ellos se halla, seguramente, el de El Raso, pues las excavaciones nos lo presentan cubierto de una gruesa capa de cenizas fechables en este siglo III, ocultando ajuares de cerámica entre la que se encuentran lo mismo vasos de antigua tradición indígena, hechos a mano y decorados con motivos geométricos incisos a peine, que las nuevas producciones a torno, con las que conviven desde el siglo anterior en unos mismos contextos, de manera similar a como los vemos en los ajuares de sus tumbas.

Los indígenas deciden trasladar el emplazamiento del poblado. Piensan que no tendría sentido volverlo a reconstruir en el mismo lugar, expuesto a los mismos peligros. Buscan por ello un sitio mejor defendido. Y lo fijan en una colina inmediata, cercana a sus campos y a sus muertos, y a cuyo pie discurre la Garganta Alardos, con aguas permanentes. Fortifican el lugar con una gruesa muralla de unos 2 kilómetros de longitud, que refuerzan mediante torres en lugares estratégicos. Por delante de ella cavan un ancho foso. Y en el punto más alto levantan un potente bastión, que aún llaman “el castillo”. Más arriba todavía, como queriendo dominar también la vertiente opuesta del valle, alzan otro de menor envergadura, pero suficiente para albergar un cuerpo de



En el centro, colina en que se asienta el poblado amurallado.



Muralla del castro.

guardia: “el castillejo”, hoy apenas localizable entre la densa vegetación de pinos y monte bajo.

En el interior de este recinto tan bien amurallado y protegido comienzan a levantar sus nuevas casas. Y en hacerlo tardan muy poco tiempo, pues todas presentan unas características muy homogéneas, y son muy similares los ajuares que encontramos en ellas.

Lo mismo que las cabañas del poblado bajo, todas presentan zócalos de mampostería, aunque no se trata aquí ya de cantos rodados, sino de piedras de distintos tamaños que cogen con barro, procurando poner las caras planas hacia el exterior. En las hiladas inferiores, y a falta de cimientos, los zócalos se ensanchan, colocando incluso en ocasiones piedras muy grandes, auténticos bloques ciclópeos, con aristas vivas, que se procura colocar en sentido longitudinal a la pared. Proceden con seguridad tanto de la excavación del foso como de las rocas que ocuparan, y aún ocupan, determinadas zonas del recinto intramuros, en algunas de las cuales pueden verse todavía señales evidentes de haber sido cortadas y talladas para poderlas utilizar en los muros, confor-

mándolas a ellos. Estos zócalos de piedra, que sirven asimismo de cimientos, y que se alzan hasta quedar por encima del nivel del terreno, para evitar las humedades que hubiera provocado la capilaridad, se completan con partes aéreas de tapial, hasta alcanzar la altura deseada para la cubierta. Tienen, los exteriores, una anchura máxima de 80 cm, mientras los interiores, los que sirven para separar unas habitaciones de otras, no pasan de los 50 cm. Su altura en algunos lugares sobrepasa todavía los 2 m.

Son casas grandes, entre 50 y 150 m² de superficie, la inmensa mayoría de las cuales presenta plantas de forma teóricamente cuadrada o rectangular, aunque de hecho, una vez dibujadas, resultan de forma rómbica o trapezoidal, de donde deducimos que no seguían ningún método determinado para fijar los ángulos rectos, sino que éstos los trazaban a ojo, marcándolos simplemente en el terreno con la ayuda de cualquier tirantez.

Las casas de planta cuadrada presentan un esquema nuclear, con un ancho vestíbulo de entrada, a través del cual se accede por una puerta central a la cocina, y por otras laterales a pequeñas habitaciones auxiliares. La cocina constituye el corazón de la casa, y en ella debió desarrollarse la mayor parte de la vida de familia. En su centro el hogar, ligeramente elevado sobre el nivel del suelo. En uno de sus lados, sendos poyetes bajos, quizá para mejor atenderlo. Está realizado a base de arcilla cocida, mezclada con fragmentos de cerámica, y debió renovarse con frecuencia, pues en ocasiones se



Casa de planta cuadrada.



La cocina, con el hogar y el banco.



Los vasos de provisiones son muy abundantes.

superponen los niveles quemados. Sobre su superficie, alguna vez, motivos decorativos muy sencillos, a base de impresiones circulares hechas cuando el barro estaba todavía tierno.

Frente al hogar, adosado al muro del fondo de la casa, el banco en el que, nos dicen los historiadores romanos, acostumbraban los indígenas a realizar sus comidas, sentados por

orden de edad. A un lado y otro de él, pequeñas habitaciones que debemos considerar como despensas, ya que en ellas suelen aparecer gran cantidad de vasos de provisiones, frecuentemente semienterrados en el suelo, buscando sin duda no sólo una mayor estabilidad, sino también, y sobre todo, una temperatura más fresca y homogénea. A veces parecen haber estado protegidos por medio de piedras, colocadas junto a sus bases y debajo de ellas, e incluso de tablas, que ahora encontramos al lado, carbonizadas.

El hogar, según Almagro Gorbea, podría identificarse con el altar o mesa de sacrificios para el culto de las divinidades domésticas, siguiendo quizá tradiciones y creencias de origen indoeuropeo. No sólo constituían el centro de la vida familiar, sino que desempeñaban la misión de verdadero aglutinante de la familia desde un punto de vista espiritual e incluso físico. Diríamos que ejercían a nivel familiar el mismo papel que a nivel local desempeñaba el roble sagrado, bajo el que se reunían los hombres del pueblo cuando se trataba de acometer una empresa colectiva, fuera de carácter bélico o simplemente de recolección. Por todo lo cual el hogar familiar ha hecho recordar y se ha puesto en relación con el altar-hogar de Hestia en Grecia y de Vesta en Roma, ligado a su vez al culto de los dioses Lares y Penates, como dioses protectores de la casa y la familia, siguiendo sin duda una tradición muy antigua, que tiene sus manifestaciones entre los pueblos prerromanos de la Península, y que en cierta manera ha llegado hasta

nuestros días, en los que indistintamente podemos hablar de casas o de hogares para referirnos a la vivienda familiar.

En esta misma línea se han interpretado a veces los poyetes que acompañan a los hogares, formando una unidad con ellos, como una probable alusión a la divinidad, recordando la presencia del par de columnas en algunos recintos sagrados de Oriente.

Las casas de planta rectangular siguen el esquema clásico de la casa-pasillo, con las habitaciones dispuestas consecutivamente, una detrás de la otra. Pero la cocina sigue estando en el centro, con su hogar y su banco. Al fondo suele hallarse la despensa, a veces con otro banco, que pudo desempeñar las funciones de vasar, donde pudieran reposar las vasijas de menor tamaño, separándolas del suelo.

Por delante de la fachada, en ambos tipos de casas, se abre con frecuencia un ancho porche cubierto, con bancos adosados a la fachada. En él, son noticias también de los romanos, los indígenas acostumbraban a pasar las noches de plenilunio, bailando en honor de una divinidad innominada, quizá la misma luna. En él se desarrollaría también gran parte de la vida familiar al aire libre en las épocas de bonanza climática. Allí tejerían e hilarían las mujeres, allí molerían el grano los hombres, prepararían sus herramientas, afilarían sus hoces, coserían los arreos de sus bestias, etc., por lo que no es raro



Dibujo de una casa de planta rectangular.



Entrada a una de las casas del núcleo C.

encontrar en ellos pesas de telar, fusayolas, piedras de molino, ahora ya circulares y dobles, la volandera sobre la solera, afiladeras, cuchillos de hierro y otros útiles y herramientas.

Todavía por delante, en algunos casos, sobre todo en las casas que se hallan en las inmediaciones de la muralla, se extiende un amplio corral, en el que debemos pensar se guardarían los pequeños animales domésticos, como ha sucedido hasta nuestros días, el cerdo, las gallinas, los conejos, etc. Allí también se arrojarían los desperdicios, no sólo de comida para que los animales los aprovecharan, sino también las vasijas rotas, por lo que solemos hallar en ellas gran cantidad de fragmentos de cerámica pertenecientes a vasijas muy diferentes que nunca es posible reconstruir.

Tanto los zócalos de piedra como las partes altas de tapial de los muros estuvieron en su día recubiertos de una capa de enlucido, que sólo en muy pocos lugares se ha conservado. Con ella se cubriría también el suelo, para lo cual fue preciso en ocasiones rebajar las rocas que emergían a la superficie y rellenar las oquedades. Después de regularizarse el nivel de habitación se extendería una gruesa capa de arcilla, a modo de pavimento, con la que, sin solución de continuidad, se cubrirían también las paredes y se prepararía el hogar y sus poyetes. Una vez seca y soleada, esta capa de arcilla se cocería, dejando arder lentamente al aire libre leña amontonada sobre ella, para endurecerla, a lo que debería el color rojo que presenta, más intenso en la capa superficial que en las interiores. El enfoscado de los muros es posible que además se pintase, aunque de ello no ha llegado hasta nosotros el menor indicio. Las casas más pobres no parecen haber tenido pavimentos de arcilla, sino simples suelos de tierra batida, mojada y pisada, pero que ha alcanzado gran dureza, no presutando ninguna dificultad para su identificación.

El relleno de las oquedades por debajo de los pavimentos podría habernos servido de magnífico documento para fijar la fecha de construcción de las casas. En ninguna, sin embargo, de cuantas hemos limpiado, hemos hallado ningún material arqueológico significativo. Sí hemos encontrado, formando parte de la mampostería de los muros, fragmentos de vasos de provisiones a torno e

incluso, en una ocasión, un fragmento de tégula romana colocada boca abajo, signo evidente de la modernidad de la casa, levantada cuando ya los romanos se hallaban por las inmediaciones.

Cocido, pues, el pavimento y enfoscados los muros, se procedería a la cubrición de la casa. Las cubiertas seguirían siendo de palos y ramas, como en las cabañas del poblado destruido, apoyadas en los muros, reforzados en ocasiones con pies derechos hundidos en el suelo, preferentemente en las esquinas de algunas habitaciones. Sus huellas, carbonizadas, así como las de los pies derechos, podemos detectarlas ahora extendidas sobre el piso de las viviendas, cubriendo los ajuares que quedaron en su interior.

Junto a las casas, dentro y fuera de los porches, hemos observado en ocasiones estructuras de piedra, a modo de pavimentos, que interpretamos como solerías para depositar sobre ellas ya leña para la casa, para encender el fuego, como las típicas “sarmenteras” de nuestros pueblos, ya hierba para el ganado, como los almiarés que han llegado hasta nosotros y que es seguro formarían parte del paisaje de la ciudad, al que también debemos imaginar salpicado de árboles.

El conocimiento del urbanismo de este poblado se muestra todavía, sin embargo, en un estado muy incipiente. Parece estar claro que cada cual levanta su casa allí donde mejor cuadra, aunque se observa ya una indudable tendencia a adosar las viviendas unas a otras, a lo que se prestan perfectamente sus nuevas plantas paralelogramáticas, distintas a las circulares del poblado bajo. Pueden así formar ahora enormes manzanas, de hasta una docena de casas, cuyas cubiertas cuesta trabajo imaginar cómo podrían disponerse para poder verter aguas al exterior, sin inundarse unas a otras. Lo que está claro es la estrecha relación que parece existir entre los distintos vecinos de esas manzanas, ya que no tienen inconveniente en permitir que un segundo constructor levante su casa apoyando la cubierta en el muro de la suya, que así se convierte en medianero, e incluso adosando a éste los de la nueva casa, o levantándolos por delante de su puerta principal. Todo lo cual nos ha hecho pensar más que en buenas relaciones de vecinos, que parecerían excesivas, en razones familiares. Y relacionar estas manzanas de casas con los distintos núcleos de



Manzanas de casas de los núcleos B-D.

enterramientos que veíamos en la necrópolis, y a ambos con la organización social en clanes, que podremos conocer en las aras votivas de época romana.

No son raras, sin embargo, las casas que, a pesar de sus plantas, vemos alzarse exentas, en cualquier lugar, siguiendo la antigua costumbre de las casas circulares, sin ajustarse a ninguna alineación ni orientación definida, como vemos en las dos que se han reconstruido recientemente, tratando de dar una idea de cómo pudieron ser en su día, y el aspecto que pudo ofrecer el poblado en su conjunto.

Las cubiertas de las casas exentas hemos pensado que debieron ser a doble vertiente, como las de los “tei-



Casas junto a la muralla reconstruidas gráficamente.

tos” del Norte de España, sobre todo las de las que, como las reconstruidas, se alzan en zonas altas. La mayor parte de las casas se hallan, sin embargo, semiexcavadas en el terreno, aprovechando los desniveles de la colina en que se asienta el poblado, de manera que, aunque la puerta principal se halle al nivel del suelo, las habitaciones del fondo de la vivienda, como sucede en las de los núcleos que llamamos A y C, se hallan hundidas hasta un par de metros y más por debajo de la superficie del terreno inmediato, todo lo cual facilita por una parte las cubiertas simplemente inclinadas siguiendo el desnivel del terreno, y las hace por otra más frescas y abrigadas en los períodos de temperaturas extremas.

Hemos observado que las puertas de las casas se abren, siempre que es posible, hacia el Sur o Poniente, de espaldas a la sierra y a los vientos que soplan desde las cumbres. En algunas ocasiones, sin embargo, esto no resulta posible, sobre todo en las manzanas de casas, en las que algunas se ven necesariamente obligadas a abrir su puerta hacia el Norte, o hacia el Este. Son estas puertas, en cualquier caso, anchas por lo general, de hasta 1,30 m, y debieron ser asimismo suficientemente altas como para permitir el paso de las bestias a su interior, pues allí pudieron estar estabuladas. Es evidente que solían tener un umbral de madera, por las muescas que se observan en los muros inmediatos y los clavos de hierro que los sujetaban al suelo. Y pudieron tener también las correspondientes jambas y dinteles que las enmarcaran.

No creemos, sin embargo, que las casas tuvieran ventanas de ningún tipo, pues hubieran restado solidez a las construcciones, en unos momentos en los que todavía no siempre empleaban, aunque lo conocían, pero evidentemente no valoraban sus ventajas, el sistema de trabar y enlazar unos muros con otros, por lo que con frecuencia, simplemente, los adosan.

No debieron tener, por tanto, más iluminación que la que entra por la puerta principal y la del hogar, ya que tampoco hemos encontrado ningún tipo de recipiente adecuado que hubiera podido utilizarse como lucerna. Pudieron servirse, sin embargo de teas de pino o de enebro. Hay que pensar de cualquier modo



Recinto circular.

que sus actividades estarían siempre reguladas y adaptadas a las horas de luz solar, y se llevarían a cabo al aire libre.

El hogar estaba siempre situado, como hemos visto, en el centro aproximado de la casa, lo cual no hacía posible con sus conocimientos la existencia de chimeneas. Pero sí eran conscientes seguramente de que de esa manera alejaban el riesgo

de incendio de la cubierta. El humo saldría simplemente filtrado a través de la capa de retamas y piornos que se disponía sobre el entramado de madera, la cual, al quedar impregnada de humo y de grasa, resultaría más impermeable, y ayudaría a la mejor evacuación del agua.

A pesar de todo, existirían filtraciones, sobre todo en determinados lugares especialmente bajos o hundidos de la casa, por lo que en algunas ocasiones se abren en los lugares más apropiados, ya en el momento de construir la vivienda, desagües que ayuden a liberarse de esas aguas filtradas.

Además de las casas más corrientes de planta cuadrada o rectangular, con divisiones internas para delimitar las distintas habitaciones, existen en el poblado otras construcciones cuya finalidad no queda clara. Unas son recintos, similares a las casas rectangulares, pero sin compartimentar. Otras, unos pequeños recintos circulares, cerrados por todas partes, sin puertas de ningún tipo.

Las primeras hemos pensado que podrían tratarse de casas comunales, de lugares de reunión, indispensables en una sociedad que valoraba mucho la intimidad familiar, hasta tal punto que en ningún lugar se encuentra la puerta de una casa frente a la de otra, ni la puerta de entrada alineada con la de la cocina, de manera que pudiera verse desde la calle el interior de aquélla. Por la misma razón jamás se hacen coincidir los bancos de dos casas distintas

adosados al mismo muro. Y eso a pesar de las posibles relaciones de familia que pudieran existir en el caso de casas adosadas con muros medianeros. Los lugares de reunión serían por tanto indispensables para tratar de los problemas que afectarían al poblado en su conjunto, máxime en una sociedad en la que la dirección de los asuntos públicos debía correr bajo la responsabilidad del grupo o consejo de ancianos. La puerta

de uno de estos posibles recintos comunales había sido, y continúa, cuidadosamente cerrada por medio de grandes piedras antes de ser abandonada, lo que le confiere quizá cierto carácter de sacralidad y sólo el deseo de que no fuera profanado, ya que en su interior no hemos encontrado ajuares de especial interés que justifiquen su cierre.

Los recintos circulares cerrados hemos pensado que debían ser despensas, pues se hallan siempre en lugares inmediatos a casas pequeñas, carentes de ellas o con sólo una de pequeño tamaño. En su interior encontramos además restos de vasos de provisiones similares a los que recogemos en las despensas de las casas. Sin puerta alguna al nivel del suelo, su entrada debía hallarse por encima de los zócalos de mampostería, para protegerlas de los animales, y se entraría a su interior por medio de escaleras de madera de tramos, como las nuestras, como se accede al interior de los hórreos. La cubierta debía ser cónica, apoyada en un pie derecho central, o en diversas ramas radiales que descansasen unas en otras, como las actuales de las majadas de los cabreros.

Además de estas viviendas, despensas y posibles casas comunales hemos hallado otros recintos que hemos interpretado como posibles encerraderos de ganado, talleres o complejos artesanales. Su característica principal suele carecer de divisiones internas y de hogar, abrir su puerta por uno de los lados largos de la casa y



Soporte ritual encontrado bajo los cimientos de las casas del núcleo C.



Vasija decorada con bandas pintadas de color rojo.



Puerta principal del castro.

hallar en su interior ajuares significativos, crisoles, toberas, moldes, piedras de molino, etc.

Antes de proceder a la construcción de las casas se realizó en algún caso un ritual de fundación, al finalizar el cual parece haberse arrojado al suelo, rompiéndolo, el soporte empleado para mantener encendida la luz, lo que explicaría que se hayan encontrado fragmentos de un mismo soporte por debajo del nivel de habitación de dos habitaciones contiguas, pero distintas. En otras hemos hallado vasijas a las que podríamos dar también carácter ritual por su especial forma, copas, o más rica decoración, con bandas pintadas de color rojo o con un friso de cabras o ciervos de tipo esquemático, que nos hacen recordar a las pinturas rupestres de Peña Escrita.

Continuando con los problemas relacionados con el urbanismo diremos que entre manzanas de casas y casas exentas hemos podido

delimitar la existencia de hasta una docena de calles, unas más anchas, que parecen recorrer el poblado de arriba a abajo, otras más estrechas, simples callejones, aptos solamente para permitir la evacuación de las aguas de lluvia hacia el valle.

Entre las principales, una está claro que abría a la puerta principal y se dirigía derecha hacia el interior del poblado siguiendo la orientación Norte-Sur. Otra parece recorrerlo todo a su alrededor,

entre la muralla y la sucesión de viviendas adosadas contiguas que vemos en lo que llamamos núcleo A. Una tercera se dirige de Este a Oeste, desde las alturas de “el castillo”, el bastión más alto de la muralla, hasta la garganta, pasa por entre las casas del núcleo C, rodea a las del B y el D por el Sur y se pierde por delante de las casas actualmente reconstruidas.

Los ajuares hallados en estas casas y calles del recinto intramuros son muy distintos de los que encontrábamos en el poblado bajo y en su necrópolis.

Es evidente que ha surgido una nueva etapa cultural, en la cual, los objetos de hierro predominan de manera absoluta sobre los de bronce, y las cerámicas a torno sobre las realizadas a mano, que han desaparecido prácticamente por completo en todo tipo de ajuares y para todo tipo de finalidades. Todas están ya producidas a torno, lo mismo los pequeños vasos de mesa, o las ollas de cocina que las grandes vasijas de provisiones, poniendo de manifiesto la existencia de una actividad industrial, en serie, muy alejada de la anterior, más personal y de mayor valor artístico, seguramente femenina, a juzgar por la



Olla de cocina.



Vaso de provisiones.

delicadeza de algunos de sus motivos decorativos, sobre todo de aquéllos realizados a peine, de tan larga tradición entre los indígenas, en los que nos fijábamos más arriba y que solíamos encontrar con frecuencia en los ajuares de las tumbas, entre los cuales nunca habían faltado durante los tres siglos anteriores.



Herramientas y herrajes de las casas.

Los objetos de adorno son aquí, por otra parte, mucho más escasos que en aquéllas, abundando, por el contrario, los herrajes de las casas y las herramientas de hierro para trabajar la tierra, la piedra o la madera, con frecuencia muy parecidos a los de nuestros días.

Son piquetas y azadas para la remoción de la tierra; podaderas y hoces para los trabajos agrícolas; hachas, formones y escoplos para el de la madera; gradinas y cinceles para el de la piedra; limas para el metal; tenazas para los de fundición y batido; tijeras para el esquileo del ganado; espátulas para la construcción; peines para el cardado de la lana, punzones, grapas, mordazas, abrazaderas, anillas, clavijas,



Tijeras de esquilar.

hojas, etc., de utilidad difícil de determinar, por su amplitud, como parte que pueden ser de la estructura de casas, carros, arados, yugos, muebles, arresos, etc., útiles todos con múltiples paralelos en los yacimientos contemporáneos de dentro y fuera de la Península, que nos hablan de las múltiples tareas que las gentes del poblado llevaban a cabo, como agricultores, ganaderos, herreros, fundidores, constructores, leñadores, tejedores, artesanos de diverso tipo, etc.



Hacha-martillo y escoplo.

Hemos hallado indicios de que también para el ocio tenían aquellas gentes un hueco en sus vidas. Y de que su juego preferido y más habitual estaba relacionado con fichas o discos de cerámica, que por lo general recortaban sobre fragmentos de vasijas rotas, puliendo sus bordes. Sus tamaños varían entre los 3 y los 6 cm, y de ellos hemos hallado más de un centenar en casas, corrales y calles. Con ellos podría estar también relacionada una losa de pizarra que se presenta reticulada por medio de incisiones, a modo de ajedrez de gran tamaño.

Son todos, hierros, cerámicas, objetos de adorno, fichas de juego, ajuares que hemos integrado en El Raso, único yacimiento en el que hasta ahora ha podido ser identificado y definido con claridad, dentro de una Tercera Edad del Hierro, de la cual sólo conoceríamos los materiales procedentes del poblado, ya que hasta ahora no se ha podido localizar ni una sola de sus tumbas.

Pero es evidente que nos hallamos ante un nuevo período cultural, en el que los indígenas han podido verse compelidos a entrar empujados por los avatares bélicos protagonizados en nuestro suelo por cartagineses y romanos, los cuales les han involucrado en sus enfrentamientos haciéndoles cambiar su modo de vida.

Sucede que los cartagineses, que el 237 a.C. se habían establecido en nuestro suelo tras ser derrotados en Sicilia por los romanos, han invadido Italia cruzando los Alpes con un ejército mandado por Aníbal en el que sin duda se han integrado como mercenarios, numerosos indígenas, ya hechos prisioneros, ya atraídos por las promesas del caudillo cartaginés en su incursión hacia la Meseta el año 220 a.C.

Los romanos, para cortar las fuentes de aprovisionamiento de Aníbal, desembarcan en Ampurias el 218. Unos años más tarde, el 206, los cartagineses son definitivamente vencidos y expulsados de la Península. Pero no por ello Roma la abandona. Constatadas sus riquezas, decide, por el contrario, ocuparla por completo y adueñarse de ella.

Comienza así una guerra de conquista que se prolongará a lo largo de casi dos siglos y en la que habrá de enfrentarse contra los diversos pueblos indígenas, unas veces unidos entre sí contra el invasor y otras unidos con el invasor para luchar contra otros indígenas. En la Meseta, contra celtíberos y lusitanos, habrán de desarrollarse las guerras más crueles y prolongadas. La ambición de los romanos, basados en el principio de que toda guerra debe alimentarse a sí misma, no tiene límites. Y los indígenas saben que está en juego su propia existencia como pueblo independiente.

La zona de El Raso, al pie de la Sierra, debía hallarse en plena frontera al inicio de las campañas de Viriato, hacia el año 147 a.C. En el 139 es asesinado. La muerte del caudillo lusitano y la posterior caída de Numancia, el 133, marcan el punto de inflexión en la marcha de la guerra, cuya virulencia irá decreciendo a partir de ahora, para volver a encenderse,



Puñal de empuñadura biglobular.

sin embargo, al acabar la centuria, con las nuevas guerras lusitano-celtibéricas y las civiles romanas que se desarrollan a continuación, primero contra Sertorio, erigido en caudillo de los indígenas (82-72), y después en las de Pompeyo y César. Será éste quien, nombrado gobernador de la Hispania Ulterior en el 61 a.C., termine por dominar y pacificar a las tribus de la Meseta asentadas entre el Tajo y el Duero. Él será quien mande derribar las murallas de todos los poblados fortificados y el traslado de los indígenas, que deben entregar sus armas, a emplazamientos de llanura. Y la orden se cumple.

En los ajuares de las casas de los indígenas involucrados en esta guerra contra el invasor, faltan por tanto casi por completo las armas. Se reducen a unos pocos puñales cortos, de los llamados de empuñadura biglobular, y a unas cortas puntas de lanza, que tenemos que pensar están más relacionadas con la defensa personal y las actividades cinegéticas que con las bélicas, por sus escasas posibilidades. A esa misma razón podría deberse también la ausencia de joyas, y la constatación de que, a veces, se esconden bajo el suelo de las propias casas, donde ahora las encontramos junto a monedas de plata y de bronce.

En relación con la guerra podría estar también la ausencia de tumbas. Para explicarla hemos pensado que quizá la continua actividad bélica aconsejó a los indígenas cambiar el ritual de enterramiento. Pues está claro que la antigua necrópolis, la del poblado destruido, se abandona. Queda ahora en el llano, frente a la puerta principal del recinto amurallado, pero no parece que se siga enterrando allí. No hemos encontrado al menos ninguna tumba fechable en época tan moderna. Hemos pensado por ello en un cambio de emplazamiento. Y, al no hallarlo, en un posible cambio de ritual del que a veces nos hablan los romanos, y que consistía en exponer a los muertos al aire libre en determinados lugares para que los pájaros consumiesen sus cuerpos y los llevasen al más allá, escena que vemos representada en algún vaso de cerámica contemporáneo de Numancia. Y pájaros capaces de llevar a cabo esta tarea no faltarían en El Raso, donde es todavía abundante la colonia de buitres que habita en la sierra.



Horno de fundición de una casa.



As de Pompeyo, Cneo Magno, con proa de nave.



Marca de alfarero

Las gentes que viven en el poblado de El Raso en este nuevo período cultural, han añadido a sus habituales actividades agrícolas y ganaderas, las relacionadas con la metalurgia, siendo muy abundantes las escorias de fundición en todas las casas. Se han encontrado en algunas de ellas hornos de pequeño tamaño, crisoles y toberas que nos hablan de esta nueva actividad doméstica, con la presencia seguramente de herreros en la comunidad.

Dos elementos de enorme interés cultural llegan también ahora por primera vez a estas gentes del castro de El Raso de Candeleda. Por un lado, la moneda. Por otro, la escritura. Y las dos hacen su aparición por influencia de los romanos. Las monedas son en su mayor parte denarios y ases de época republicana, que aparecen escondidos, quizá perdidos, en el relleno de las casas. Y la más antigua escritura que de allí procede son nombres propios de indígenas, pero escritos al modo latino sobre las paredes de algunas grandes vasijas de provisiones, en una de las cuales puede leerse: A. NORC. Y en otra, NEGEL. En otras aparecen simples letras o rasgos diversos intencionadamente escritos sobre el barro tierno de las vasijas, pero hemos de considerarlos como simples marcas de alfarero, dentro de esa nueva producción industrial de que hablábamos, constatada además por la presencia de un mismo signo en vasijas halladas en distintas casas, por lo que no podría tratarse del nombre o el rasgo distintivo del dueño de la casa respectiva.

La actividad bélica, las luchas contra los romanos a que los indígenas se vieron obligados desde los primeros días del poblado, no significó, sin embargo, el aislamiento de sus gentes. Algunos objetos, por el contrario, nos hablan de la continuación de las relaciones con los pueblos meridionales, que ya no son los tartesios, progresivamente empobrecidos a partir de finales del s. VI a.C., tras la caída en manos de los persas de las metrópolis orientales con las que comerciaban, sino los turdetanos, los iberos del mediodía peninsular. Y del sur procede, de algún santuario ibérico, un exvoto de bronce hallado en las aguas de la Garganta Alardos, a la que posiblemente fuera intencionadamente arrojado, y alguna moneda de bronce acuñada en la antigua Obulco, la actual Porcuna, en la provincia de Jaén, y en la de Kese, Tarragona.



Exvoto de bronce de la Garganta Alardos.

De Jaén también podrían proceder, de la rica zona minera de Sierra Morena, las joyas de plata halladas en el subsuelo de una de las casas, seguramente escondidas para salvarlas de la rapiña romana, y allí abandonadas al no poder volver a buscarlas, lo mismo que un tesoro de monedas de bronce, halladas juntas en una casa, bajo el umbral de madera que daba acceso desde la habitación de entrada a la cocina, donde se habían depositado, seguramente en una bolsa de cuero, desaparecida, pero que había permitido que todas las monedas permaneciesen juntas, una sobre otra, a lo largo de los siglos. Otras monedas debieron esconderse sueltas, pues aparecen dispersas por las diversas habitaciones de las casas.

A estas monedas, sobre todo a los denarios, no debemos darles un valor solo económico entre los indígenas, cuya economía seguía siendo todavía en gran parte de trueque, sino también de joya. Y entre las joyas del tesoro oculto en una de las casas encontramos cinco denarios romanos que nos han servido de precioso docu-



Tesorillo escondido en una de las casas de El Raso.

mento para conocer el momento en que pudieron ser escondidas. Y fijar éste en época de César, pues a él pertenece uno de ellos.

Con los denarios se hallaban además diversas joyas de plata, concretamente un torques, un brazalete, una pulsera y una fíbula, todos los cuales debieron haber estado inicialmente envueltos en un paño o bolsa

de cuero, u otro material perecedero, del cual lógicamente nada ha quedado. Había sido colocado entre las piedras del relleno del piso de una de las habitaciones, entre un hogar secundario y la pared.

Este tesorillo, aunque no contenga piezas de valor extraordinario, tiene sin embargo el mérito de poner de manifiesto la continuación de las relaciones de los pueblos de la Meseta con los del Mediodía peninsular, donde hemos de situar los talleres de producción de estas joyas, con paralelos en diversos yacimientos ibéricos de Córdoba y de Jaén. Especialmente llamativos son en el tesorillo los extremos de la pulsera, vueltos sobre sí mismos, en forma de cabezas de serpiente y con los motivos almendrados con que se rematan, sobredorados. Un extremo suelto de otro brazalete de este tipo sería encontrado años más tarde en superficie, en el mismo castro, indicando la existencia de joyas similares en otras casas del poblado.

Uno de los problemas más debatidos en relación con el castro de El Raso es el de su demografía, la población que pudo albergar. Otro, el de su posible nombre.

Por los escritores romanos conocemos la existencia de diversas ciudades indígenas pertenecientes al pueblo de los vettones, cuyos nombres nos han transmitido, pero cuya ubicación no ha sido posible hasta ahora por carecer de hallazgos de carácter epigrá-

fico que nos permitan su identificación. Entre ellas se halla la ciudad de Eborá, a la que se refieren como ciudad indígena, fortificada, que se hallaba cerca de Toledo, “a orillas del Tajo”, y en la que habría tenido lugar, en el 182 a.C., uno de los primeros enfrentamientos en aquella zona entre indígenas y romanos.

El topónimo Eborá es celta y lo vemos presente en diversas localidades del occidente europeo, indicando sin duda el camino seguido por uno de aquellos pueblos centroeuropeos a cuyas migraciones nos referíamos más arriba, el de los eburones. Su significado parece ser “ciudad del tejo”, árbol siempre verde, con propiedades medicinales, aunque su fruto es venenoso, por lo que pudo dársele algún significado religioso. Es, curiosamente, un árbol al que vemos crecer hoy espontáneamente en las tierras altas de El Raso, e incluso en sus inmediaciones, junto a una de las fuentes inmediatas al castro.

No tenemos ningún documento que avale la identificación de nuestro poblado con la antigua Eborá. Pero sí tenemos entre los nombres de los indígenas que han llegado hasta nosotros a través de las aras votivas de época romana, el de un “Ebureinius”, cuyo radical hace claramente referencia al nombre de aquella ciudad. Con el detalle además de que ese ara está dedicada al dios Vaelico. Y en la no lejana ciudad portuguesa de Évora, otra del mismo nombre, en el santuario allí levantado en honor de San Miguel, se han encontrado numerosas aras votivas, similares a las de El Raso, aunque más ricas, dedicadas a ese mismo dios, aquí con el nombre de Endo-velico. Parecen ser, pues, ciudades fundadas por unas mismas gentes, que adoran a un mismo dios, y cuyo nombre probablemente fuera también el mismo, conservado hasta nuestros días en el caso portugués bajo la variante Évora, y perdido en El Raso al abandonarse el poblado para siempre, aunque en ocasiones sentimos la tentación de intuirlo en los orígenes del actual nombre de la comarca, La Vera, transformado por el uso.

Otro debatido problema es el de su población, que habría que relacionarla con el número de casas que podrían encerrarse dentro del recinto amurallado. Nosotros lo hemos calculado a partir del número de casas halladas, 22, en la superficie total excavada,



Excavaciones en los distintos núcleos del poblado.

5.000 m². Como el poblado se extiende en una superficie aproximada de 150.000 m², quiere decir que pudo haber alrededor de 600 casas, lo que significaría, de acuerdo con los índices que suelen aplicarse habitualmente en estos casos, una población total de unos 3.000 habitantes. El dato ha parecido excesivo a algunos investigadores, pero es el que arrojan las cifras que

conocemos con exactitud, basados en las excavaciones arqueológicas realizadas. Aunque no tendríamos inconveniente en admitir la posibilidad de que hubiera en el poblado espacios exentos no detectados, creemos que no debería rebajarse esa cifra más allá de los 2.500 habitantes.

Creemos que no tuvo tantos habitantes el poblado bajo, el destruido por los cartagineses. Pero debemos tener en cuenta el efecto que estas destrucciones causarían en la población indígena y el miedo que en ellas infundiría el brutal ataque de aquellos desconocidos, primero los cartagineses, luego los romanos, que no solo destruyen el poblado, sino que causan desmanes y muertes, roban ganados y víveres, toman prisioneros, etc. Todo ello movería a la población indígena a buscar refugio en lugares más seguros, y a la población dispersa a trasladarse a los poblados fortificados donde aquéllos se habían reunido.

No podemos olvidar, y es un hecho repetidamente constatado durante las excavaciones, que el poblado amurallado no pudo ser nunca tomado a la fuerza por los romanos. Lo cual implica que disponía, como parecía disponer cada *oppidum*, de un ejército permanente capaz de evitarlo, pues de nada valen unas potentes fortificaciones si no hay hombres que las defiendan. Todo lo cual nos hace pensar en la posibilidad real de esa numerosa población que nos dice la estadística, mejor que en los 400 o 500 habitantes que, *grosso modo*, basados en la lógica, la intuición y el sen-

tido común, se han defendido a veces, pero que significaría un ejército de un centenar aproximado de hombres, que no sólo no hubieran podido hacer frente a los romanos, sino que no hubieran sido ni siquiera capaces, a nuestro parecer, de levantar el poblado con las potentes estructuras defensivas que hoy podemos admirar en la Cabeza de la Laguna. Porque ¿cuántos hombres hacen falta para levantar esas murallas con sus torres y sus fortines, cavar sus fosos, construir cada uno sus casas, etc., y todo ello a la vez que se sigue cuidando el ganado, trabajando la tierra, atendiendo la casa y las tareas de vigilancia y protección que la guerra exige? Si pensamos en todo ello, creemos que debemos aceptar esa cifra aproximada de 2.500 ó 3.000 habitantes para el conjunto del recinto amurallado. Y de una cifra menor, para calcular la cual carecemos en absoluto de datos para el poblado anterior.

En esta población han querido verse en ocasiones distintas clases sociales y se ha llegado a hablar de una fuerte jerarquización social, distinguiéndose hasta cinco niveles distintos dentro de una sugestiva estructuración piramidal. Nosotros tenemos que decir que nada de ello hemos encontrado en El Raso, ni en las tumbas ni en las casas. En todas ellas parece observarse, por el contrario, un claro igualitarismo, con diferencias sólo accidentales, de manera que las casas más grandes no presentan ajuares más ricos que las de menor tamaño, ni en la necrópolis hay tumbas que destaquen por la mayor riqueza de sus ajuares, aunque puedan tener mayor número de vasos de ofrendas o más elementos de adorno personal, pero éstos son similares a los de las restantes tumbas. Hay pues diferencias, pero no tan sustantivas como para defender la existencia de distintas clases sociales en el sentido que hoy podemos entenderlo. Hemos dicho por ello en alguna ocasión que entre las gentes de la Edad del Hierro de El Raso los ricos debían ser pocos y poco ricos, y la mayoría pobres, gentes que necesitaban trabajar para vivir, pero cuyo trabajo les permitía vivir con tranquilidad, sin grandes carencias.

Más que una estratificación de la sociedad por clases, defendemos por ello su división por grupos de edad, en la que los jóvenes poseen la fuerza militar y los ancianos la capacidad de decidir;

aquéllos llegarán a ser los jefes del ejército, éstos constituirán los consejos de ancianos, a los que hemos visto reunirse en las casas comunales del poblado, para declarar la guerra, firmar la paz o establecer normas que pueden afectar a todos. Debemos aceptar por tanto las diferencias en tumbas y casas, pero dentro de una única clase social, en la que tendríamos que englobar lo mismo a agricultores y pastores que a herreros, alfareros y restantes artesanos, de entre todos los cuales saldrían los elementos rectores de la comunidad, tanto de su vida política como militar.

■ La romanización



Denario de Julio César.

A mediados del s. I a.C. los romanos puede decirse que dominan la Península casi en su totalidad. Han sido más de 150 años de guerra hasta lograr conquistarla, y ya está en marcha el proceso de romanización, que se va imponiendo progresivamente en los distintos territorios con diferente intensidad. A los indígenas que viven en lugares altos fortificados, se les ordena derribar sus murallas y trasladarse al llano. Son los tiempos de Julio César, por quien fueron acuñadas las monedas más modernas encontradas en el poblado.

Las gentes de El Raso van cumpliendo la orden paulatinamente. En el poblado dejan de construirse casas nuevas. Las viejas van quedando poco a poco abandonadas. Y poco a poco se van hundiendo. Algunos, antes de irse, han escondido en ellas sus pocas joyas y su dinero, para salvarlo de la codicia del vencedor, y con la secreta esperanza de poder volver algún día a recogerlo. Pero a veces no podrán hacerlo. Y llegan hasta nosotros, con aquellas cosas que no merecía la pena llevarse consigo, por demasiado grandes o especialmente pesadas, y con aquellas otras que quizá ya estaban fuera de uso. El puñal y la punta de lanza; la pesa de telar y la fusayola, la piedra de moler, la azada, la hoz, el percutor, la piedra de afilar, la lima, las tenazas, y otras herramientas que

nos indican cuáles eran en cada casa las ocupaciones habituales. Y junto a ellas, la fibula, la hebillilla, la aguja decorada con nielados, el broche de cinturón, y algún otro elemento de adorno, generalmente de bronce, entre los que ya aparece alguno de origen romano, el espejo de bronce, la fibula en omega, la moneda de bronce o de plata, como signo de su creciente influencia entre la población indígena.

Causa emoción pensar que, sentados en esos bancos que hoy podemos contemplar, frente a esos hogares en la cocina, o a la puerta de sus casas, cara al inmenso valle por donde discurre el Tajo, con la Sierra de Guadaluape al fondo, hablarían los indígenas sobre la marcha de la guerra, conocerían la traición de Galba, las promesas de los Graco, decidirían unirse a las guerrillas de Viriato, lamentarían la llegada de Escipión y el implacable cerco de Numancia, se iluminarían fugazmente con el caudillaje de Sertorio, y comprenderían, finalmente, tras la llegada de César, que ya nada tenía remedio.

Estas piedras, que tanto respeto nos merecen, han oído hablar durante muchos años, en una lengua que no conocemos, de batallas, de torturas, de saqueos, y también de hechos heroicos en pos de una independencia imposible. Alrededor de estos hogares, a la luz de su fuego, habrán llorado todas las familias la muerte de seres queridos que nunca volvieron de la guerra, se habrán



Piedras de molino circulares.



Fíbula romana de bronce en omega.

contado miles de historias, se habrán curado cientos de heridas. Las gentes del poblado no llegan a romanizarse nunca, a pesar de recibir el influjo romano. Pero abandonan el castro antes de estar romanizados, sin que sepamos a dónde se dirigen. Pero de su romanización posterior tenemos evidencia a través de las aras votivas encontradas en el lugar en que estuvo el santuario dedicado a su dios, las cuales nos descubren, asimismo, la existencia de los distintos grupos familiares o suprafamiliares, que intuíamos cuando hablábamos de las manzanas de casas en el poblado o de los núcleos de tumbas en la necrópolis, cuya existencia poníamos en directa relación con ellos. Son los clanes o gentilidades que ahora podemos conocer por sus nombres, pues los indígenas ya hablan y escriben en latín. Son los CARAECIQVI, los PINTOLANQVI, los MENETOVIEQVI, los AMBATICI, y algún otro que sólo se lee de manera fragmentaria o con mucha dificultad, y algunos de los cuales ponen en relación a las gentes de este poblado con las de otros poblados contemporáneos de esta zona de los vettones.

Esas mismas aras votivas nos han permitido, asimismo, conocer los nombres personales de los oferentes y los de sus padres, al adoptar en ocasiones la costumbre romana de hacer constar la filiación en las inscripciones. Sabemos así que Ebureinius, al que ya conocemos, era hijo de Orundo, de la familia de los Caraecicos; y que Atta era hijo de Boutio, de los Menetoviecos; y que

algunos indígenas habían incluso adoptado ya nombres romanos, como Caius Vlantius, de la familia de los Pintolancos, Vernaculus, de los Ambáticos, Marcia Helene, y otros de lectura más dudosa, quizá siervos de ciudadanos romanos, todos los cuales dicen ofrecer el ara al dios Vaelico de manera libre, por propia voluntad, “*votum solvit libens animo*”, o simplemente “*ex voto*”.



Aras votivas en honor del deo Vaelico.

Con el estudio de las aras nos hemos introducido en el mundo de las creencias religiosas de aquel pueblo, a las cuales vemos sufrir una evolución a lo largo del tiempo, hasta acabar asimilando su dios indígena a algún dios conocido del panteón romano, quizá un dios de la salud, una especie de Esculapio. Se le ha considerado también como un dios infernal, del mundo subterráneo, que protege a sus fieles después de

muestrados, por lo que se le ha relacionado con el mundo de la minería, al que tampoco serían ajenas las gentes de El Raso, aunque no se hayan encontrado en sus inmediaciones yacimientos mineros, pero sí abundantes muestras de su actividad metalúrgica, sobre todo en la zona del santuario, con inmensas acumulaciones de escorias que no sabemos si podrían llevarse hasta esta época.

En un principio la religión de estos indígenas sería esencialmente naturalista, como la de todos los pueblos prehistóricos, naturalismo que se intensifica al ocupar el lugar un pueblo de origen céltico, entre los cuales el sol y la luna, los montes y los ríos, el viento, el rayo, la tormenta, algunos animales, los árboles y las piedras eran considerados, si no como dioses, sí como elementos dignos de veneración y respeto a los cuales se acudía cuando se precisaba consejo, protección o ayuda.

Ya hemos visto las representaciones solares en las bases de algunas cerámicas utilizadas como vasos de ofrendas en las tumbas. El hecho de presentar muchas de ellas perforaciones geminadas en sus bordes nos hacen pensar en la posibilidad de que no sólo se utilizaran como tapaderas en urnas cinerarias, sino también en las casas, colocadas boca abajo, para mostrar al exterior las representaciones solares. En honor de una divinidad innominada, quizá la misma luna, nos dicen los romanos que pasaban los indígenas bailando las noches de plenilunio a la puerta de sus casas.



Acumulación de escorias en las inmediaciones del santuario.



Macizo de Gredos desde el santuario.

No levantaban templos a sus dioses, sino que elegían para ellos determinados lugares que consideraban sagrados, quizá porque en ellos se hacía más patente la presencia de la divinidad, los cuales suelen estar con frecuencia en relación con el agua, en las inmediaciones de fuentes o manantiales, de cursos de ríos o en los lugares donde dos de éstos confluyen, lo que implicaba una plenitud de beneficios.

Es lo que sucede en el castro de El Raso, a cuyas gentes vemos elegir el lugar donde se une la Garganta Alardos con el Río Tiétar para sentir más cercana la presencia de su dios, el único dios personal que de ellos conocemos, Velico o Vaelico. Se trata ciertamente de un lugar privilegiado, inmediato a los dos cursos de agua y desde el que se divisa perfectamente todo el imponente Macizo de Gredos.

Allí debieron de adorarlo a lo largo de los siglos de manera anónima en su propia lengua. Y allí los hemos visto seguirlo adorando y ofreciendo votos cuando, ya romanizados, son capaces de dirigirse a él en latín y dejar constancia de sus ofrendas en aras votivas de tipo romano.

■ Últimos testimonios

Abandonado el poblado, los indígenas romanizados siguen acudiendo, como hemos visto, al lugar del santuario del dios Vaelico. Pero, pasados los años aquellas gentes, descendientes de los antiguos pueblos célticos, se cristianizan. El dios Vaelico es olvidado y su culto sustituido por el de San Juan, nombre que lleva aún la colina inmediata, y en cuyo honor se levanta una capilla, los elementos arquitectónicos decorativos, de la cual han llegado hasta nosotros, delatan haberse construido en tiempo de los visigodos.

Tras el paréntesis impuesto por la dominación árabe, a lo largo de la cual la antigua capilla dedicada a San Juan quedaría destruida, se levanta una nueva, ya en estilo gótico, dedicada a San Bernardo de Candeleda, un santo monje, quizá un ermitaño, cuyos restos se conservan actualmente en la ermita que se alza junto al rollo de la ciudad, en la ruta de trashumancia que, atravesando su casco urbano, se interna en la sierra siguiendo el cauce de la Garganta Santa María, a la que cruza algunos kilómetros más arriba, en “la puente del puerto”, allí donde se juntan las gargantas Lóbrega y Blanca, apelativos que



Cimacio de mármol de la ermita visigoda.



Ermita de San Bernardo, convertida en casa de labor.



La "puente" del Puerto.

cuadran perfectamente a estas torrenteras que llevan las aguas de las cumbres tanto tiempo nevadas de Gredos hacia el llano por el que discurre el Tiétar.

Siguiendo el camino, podremos alcanzar el otro lado de la sierra, atravesando el sistema por el Puerto de Candeleda, para llegar a la llamada Plataforma, en las cercanías de Hoyos del Espino, ya en la vertiente norte. Un camino sugerente para quienes gusten de andar durante horas siguiendo las pisadas de tantos pastores a lo largo de los siglos, aunque haya sido lamentablemente destruido

el pasado año en un largo trecho para ampliarlo y facilitar el acceso al interior de la sierra, y aunque ya esté sin agua la Fuente del Sauce, al pie del Collado del Roble.



El Puerto de Candeleda.

San Bernardo de Candeleda fue, al parecer, abogado contra la rabia de los perros, a los cuales las gentes del lugar han llevado a la ermita hasta casi nuestros días para que fueran marcados

allí, sujetos a una gran piedra, con un hierro candente, y de este modo protegidos contra el mal, en una ceremonia que no sabemos si puede guardar alguna relación con la devoción al antiguo dios Vaelico, a cuyo nombre se ha dado la interpretación de “dios bueno” o de “dios lobo” o “de lobos”, “el aullador”, a lo que podría hacer referencia la actual denominación del lugar en que se halla la ermita, “Postoloboso”.

Recuerdo del antiguo culto de los indígenas a los montes podríamos todavía hallar en el actual nombre de Candeleda, en cuyo término municipal se halla integrado el yacimiento, ya que deberíamos englobarlo en el conjunto de topónimos que comienzan con el radical “cand”, atestiguado en las lenguas celtas con el significado de “brillar, arder, resplandecer”, y que ha llegado al español, a través del latín, con este mismo significado, en palabras como “cand-eal”, “cánd-ido”, “in-cand-esciente”, adjetivos que resultan adecuados para aplicar a un monte que “brilla”, de un “blanco brillante”, por lo que también se aplicó en algunos lugares a Júpiter como “dios de las alturas”, Júpiter Candiedo, Júpiter Candamius, en las monta-



Camino milenario hacia el Puerto de Candeleda.



Fuente del Sauce.



Piedra a la que eran atados los perros para ser herrados.



El "palo" de las fiestas de El Raso.

ñas del Norte de España. Y es nombre que muy bien podría haberse aplicado en su día al hoy llamado Pico Almanzor, nombre evidentemente moderno, sin que conozcamos el antiguo, pero pico que sin duda impresionó siempre a los indígenas por su imponente altura y por el brillo de su cumbre nevada, muchas veces envuelta entre nubes de tormenta, aquéllas que, al contemplarlas en una de sus visitas a la sierra, hicieran decir a Unamuno: "fue entonces cuando comprendí al Dios del Sinaí". De donde es fácil deducir que el antiguo nombre de la cumbre, sustituido en la Edad Media, haya podido permanecer y mantenerse a lo largo de los siglos en el nombre de la ciudad.

Y tenemos quizá también en El Raso y en otros pueblos de la comarca hasta nuestros días reminiscencias de un antiguo

culto al árbol, en el chocho que todos los años se planta en el centro de la plaza el día de San Juan, coincidiendo con la celebración de las fiestas locales. A su sombra parecen desarrollarse las fiestas, como a la sombra del roble se desarrollaban en tiempos los actos importantes de la comunidad.



Bibliografía

- ALMAGRO GORBEA, M., “Los celtas: Hispania y Europa”. *Actas de El Escorial. Cursos de verano 1992*. Universidad de Madrid, Madrid, 1993.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R., “Verracos, vettones y espacios sociales: Arqueología del paisaje en la Edad del Hierro”. *Arqueología Espacial*, 19-20, 1998: 609-631.
- *Los vettones*. Madrid, 1999. Real Academia de la Historia.
- CIPRÉS, P., *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*. Vitoria, 1993. Universidad del País Vasco.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., “Objetos de origen exótico en El Raso de Candeleda (Ávila)”. *Trabajos de Prehistoria*, 29, 1972: 273-294.
- “El santuario de Postoloboso (Candeleda, Ávila)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico, Arqueología*, II, 1974: 1-140.
- “Denarios en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)”. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXVIII, 1975: 437-462.
- “Excavaciones en el castro prerromano de El Raso de Candeleda (Ávila)”. *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 5, 1976: 363-367.
- “Un tesorillo de plata en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)”. *Trabajos de Prehistoria*, 36, 1979: 379-404.
- “El Raso de Candeleda. Un yacimiento de la Edad del Hierro en la Meseta”. *Revista de Arqueología*, 43, 1984: 10-21.

- *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*. Ávila, 1986. Institución Gran Duque de Alba. 2 vols.
- “Acerca de la periodización de la Edad del Hierro en la Meseta”. *Revista de Arqueología*, 120, 1991: 6-7.
- “Los poblados y las casas”. En “Los celtas en la Península Ibérica. Madrid”, 1991: 42-51. *Revista de Arqueología*.
- “Un aplique de bronce en El Raso de Candeleda (Ávila)”. En “La presencia de material etrusco en la Península Ibérica”, Mesa Redonda. Barcelona, IV, 1990 (1991): 615-618.
- “El Raso de Candeleda (Ávila). De la Prehistoria a la Romanización. En “El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana”. *Cuadernos Emeritenses*, 7. Mérida, 1993: 145-189. Museo Nacional de Arte Romano.
- *La Edad del Hierro*. En *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Ávila, 1995: 103-269. Institución “Gran Duque de Alba”.
- “Joyas de oro en castros de la Meseta: Ulaca y El Raso de Candeleda”. *Nvmantria. Arqueología en Castilla y León*, 6, 1993/1994 (1996), 6, p. 9-30.
- *Una tumba orientalizante en El Raso de Candeleda (Ávila)*. En *Studi in onore di Sabatino Moscati*. Pisa-Roma, 1997: 725-740. Istituti Editoriali e Poligrafi Internazionali.
- “Problemas arqueológicos del yacimiento de El Raso de Candeleda (Ávila). *Trasierra. Boletín de la Sociedad de Estudios del Valle del Tiétar*, 2, 1997: 81-94.
- *La Edad del Hierro*. En MARINÉ, M^a. (Coordinadora), *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Ávila, 1998: 93-280. Institución “Gran Duque de Alba”.

- *Excavaciones en la necrópolis de Las Guijas. El Raso de Candeleda (Ávila). Campaña 1993*. Memorias, 4, 1998. Valladolid. Consejería de Cultura y Turismo. Junta de C. y L.
- *El Raso de Candeleda*. En *Celtas y Vettones*. Ávila, 2001: 294-303. Diputación Provincial.
- “El poblado fortificado de El Raso de Candeleda. (Ávila): el Núcleo D. Un poblado de la III Edad del Hierro en la Meseta de Castilla”. (En prensa)
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F, ALONSO DE LA SIERRA, J. y LÓPEZ FERNÁNDEZ, M^a. T., “Evolución y cronología de El Raso (Candeleda, Ávila)”. Congreso Internacional de la Edad del Hierro en la Meseta. Salamanca, 1984. *Zephyrus*, XXXIX-XL, (1986-1987): 265-271.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y CONLIN HAYES, E., “El 'Prao de la Carrera'. Un poblado de la Edad del Bronce en El Raso (Candeleda)”. En “*Homenaje a Sonsoles Paradinas*”. Ávila, 1998: 65-72. Asociación de Amigos del Museo de Ávila.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y LÓPEZ FERNÁNDEZ, M^a. T., “Secuencia cultural de El Raso de Candeleda (Ávila)”. *Nvmantia*, III, 1990: 95-124.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F, LÓPEZ FERNÁNDEZ, M^a. T. y LÓPEZ FERNÁNDEZ, M^a. R., “A propósito de una exposición: Los pioneros de la Arqueología en El Raso de Candeleda”. *Cuadernos Abulenses*, 13, 1990: 43-70.
- LORRIO, A. J., “El armamento de los celtas hispanos”. En “*Los Celtas: Hispania y Europa*”. Cursos de verano 1992. Dirigido por M. Almagro-Gorbea. Madrid, 1993: 285-326. Actas de El Escorial.
- RUIZ ZAPATERO, G., LORRIO ALVARADO, A. y MARTÍN HERNÁNDEZ, M., “Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo

del espacio doméstico”. En “Coloquio sobre el microespacio. 3. Del Bronce Final a Epoca Ibérica”. *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, 1986: 79-101.

- SÁNCHEZ MORENO, E., *Vettones. Historia y Arqueología de un pueblo prerromano*. Madrid, 2000. Universidad Autónoma.



Manzanas de casas del núcleo D del castro.



ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Presentación | 3 |
| El yacimiento de la Edad del Hierro de El Raso de Candeleda desde sus orígenes | 5 |
| Primeros testimonios: Desde los orígenes hasta la Primera Edad del Hierro | 5 |
| La Segunda Edad del Hierro: el poblado y la necrópolis célticos | 12 |
| La Tercera Edad del Hierro: el poblado amurallado | 21 |
| La romanización | 44 |
| Últimos testimonios | 49 |
| Bibliografía | 53 |

Acceso al castro

Las comunicaciones con el castro de El Raso son sencillas y cómodas. Basta seguir la carretera nacional V, Madrid-Cáceres, hasta Oropesa y tomar aquí la desviación que nos lleva hasta Candeleda, a 30 km. Al llegar aquí coger la comarcal en dirección a Madrigal de la Vera y Plasencia. A 5 km, a la derecha, nace la carretera local a El Raso, una carretera bien asfaltada, pero estrecha y con muchas curvas, que nos indican que comenzamos a internarnos en la sierra. A 6 km se nos mostrará el cartel de “Bienvenidos a El Raso”, y poco más adelante, justo a la entrada del pueblo, hallaremos una desviación a la derecha con la indicación “Castro Celta”. Son apenas 40 m de acusada cuesta arriba, al final de la cual encontraremos un “Stop”. Respetado éste, nos incorporamos a la carretera que nos llevará, siguiendo a la derecha, hasta el castro.

En una de las primeras casas que observamos a la izquierda se halla “Muérdago”, la tienda en la que podemos adquirir publicaciones relacionadas con el yacimiento, recuerdos locales y productos de la tierra.

La carretera es similar a la que nos ha traído hasta el pueblo. Está asfaltada hasta el yacimiento, pero el firme se halla en peor estado que el de aquella, por lo que es aconsejable tener precaución.

Podemos dejar el coche al borde de la carretera, poco transitada, o en el pequeño aparcamiento de tierra dispuesto al lado izquierdo de ella, a la altura de las casas.

Andados 4,5 km la carretera se bifurca. El ramal de la izquierda acaba enseguida, en El Pinillo, una vez pasado el puente sobre el arroyo que lleva este nombre, con un extenso aparcamiento desde el que nace un camino que nos interna en la Sierra. El de la derecha, todavía en peor estado de conservación, nos lleva a las alturas de El Jornillo.

Andados unos 2 km desde la bifurcación nos hallaremos en Peña Escrita, el lugar donde han sido localizadas las primeras pinturas rupestres, que distinguiremos fácilmente al borde de la carretera, a la izquierda, por hallarse protegidas por una verja de hierro.

